

Diego Villaseñor, arquitecto

Protector de la naturaleza

Elena Poniatowska

“Un arquitecto es en cierta forma un médico y un confidente”, afirma Elena Poniatowska, la Premio Cervantes 2013, en esta entrañable semblanza sobre las creaciones arquitectónicas de Diego Villaseñor, el discípulo de Luis Barragán que ha sabido integrar los elementos de la naturaleza en sus espacios dándoles al mismo tiempo un sentido acogedor y hospitalario.

Nada más dañino en México que las decisiones de los regentes en turno que se sienten redentores, talan los árboles y construyen sobre taludes rascacielos de hierro y de vidrio que ponen en peligro la vida de sus habitantes.

Esos edificios hieren al paisaje. Sólo tienen razón de ser en Manhattan. Allí sí, los neoyorquinos dieron en el clavo; aquí se ven falsos y contruidos por manos tontas y mezquinas.

Ahora que el D. F. se ha cubierto de edificios inseguros y hostiles, es bueno recordar a arquitectos que saben cobijar y dar intimidad, como Diego Villaseñor, discípulo de Luis Barragán.

Ver la obra de un arquitecto capaz de curar las enfermedades y las lacras del modernismo es un bien: “Ven, ven, te voy a cobijar para que no te enfríes; tampoco voy a permitir que te quemes el sol”. ¿No deberían ser esas dos frases las premisas de cualquier arquitectura? Los médicos suelen aconsejarnos: “Tápanse, no corran riesgos inútiles”. Recuerdo que hace años entrevisté al autor del Museo Nacional de Antropología, Pedro Ramírez Vázquez, y le pregunté: “¿Cuál es el remedio contra las goteras?”. “Una cubeta”, me respondió. No reí. Sentí tristeza. El sonido de una gota

de agua que cae en un calabozo es capaz de volver loco a un preso.

Antes, Tenochtitlan, como lo informan los aztecas, se extendía en círculos de jade e irradiaba luz como plumas de quetzal. Los grandes señores nacían en canoas y sobre ellos se extendía una neblina de flores y por eso mismo los conquistadores se preguntaron si estaban viviendo un sueño. Ahora todos vivimos la ciudad como una pesadilla y el lazo emocional que tenemos con nuestra casa se ha reforzado porque regresamos a ella como a un faro.

Diego Villaseñor nació en Tlaquepaque, Jalisco, en 1944. Es el autor de más de cien proyectos residenciales y desarrollos turísticos en México, en América Latina, Estados Unidos, Europa, Medio Oriente y Asia. Sus obras en la costa del Pacífico, en Careyes, en Punta Zicatela, Oaxaca, en Punta Ixtapa, Guerrero, han hecho que lo llamen un arquitecto de la costa, título que a él seguramente no le dice nada porque, más que ningún otro, se relaciona con la tierra, y podría afirmarse que la tierra se lo devuelve con creces como una madre a su hijo.

Su obsesión por las alfombras de piedritas me llama mucho la atención. Recuerdo el cuento infantil de Perreault, “Le petit Poucet”, “Pulgarcito”, que va dejándos-

las una tras otra para reconocer el camino. Así Diego Villaseñor encuentra el suyo entre magueyes y cactáceas. México siempre ha tenido que ver con las piedras y los mejores fogones son de piedra, lo mismo los hornos de pan, los temazcales, los lavaderos. “De piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera”, dice Cuco Sánchez, y reclama: “Ay, corazón, ¿por qué no amas?”. También a Diego Villaseñor el corazón se le ha amacizado con piedras de tantos muros levantados y de tantos caminos empedrados. Ser de piedra es una ventaja. “No te oigo, soy de piedra”, responde el gobierno. “Soy de piedra, nada me duele”, dice la abandonada. En Yalalag, Oaxaca, las zapotecas colocan su comal sobre tres piedras así como muelen maíz en un metate. En Tepoztlán, Carlos Pellicer movió sus enérgicas piernas de caminante, tendió al monte azul y cargó la noche entera en su dorso de Atlante. Nos hizo descubrir a la piedra más alta del Tepozteco y a ella le cantó. De sí mismo decía algo que también Diego Villaseñor podría suscribir: “Estoy todo lo iguana que se puede, desde el principio al fin”.

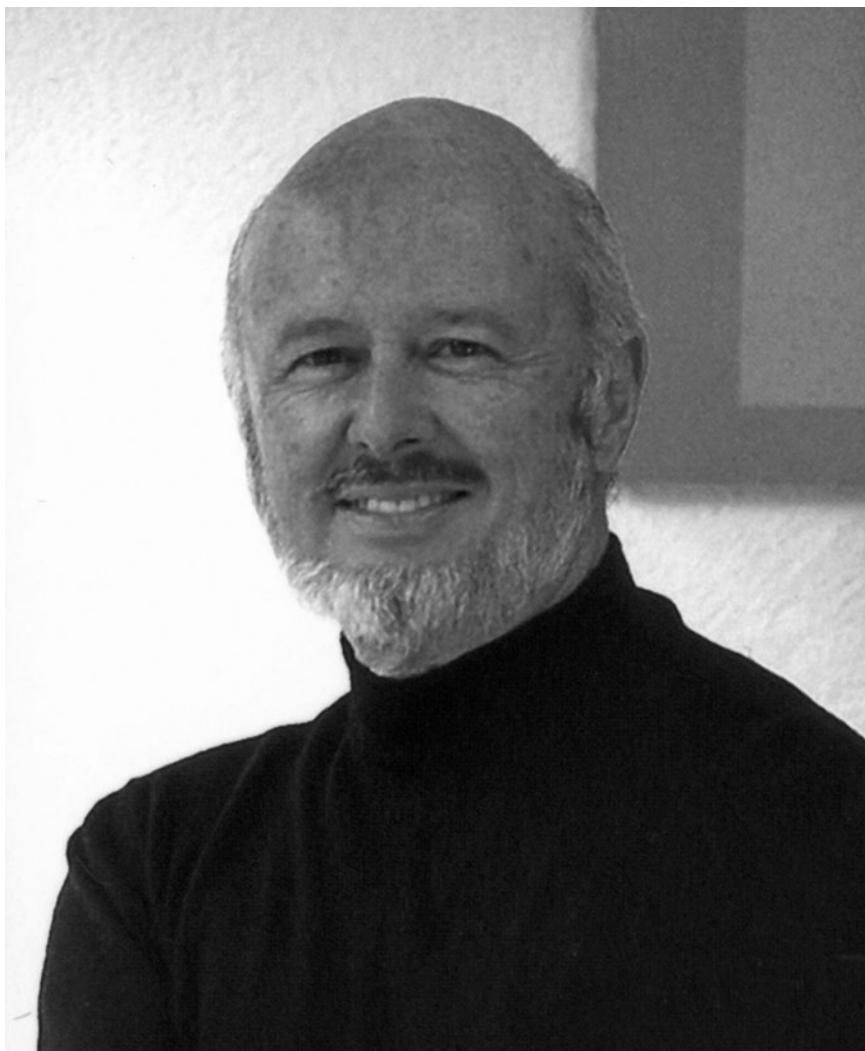
También Luis Barragán creó casas para la contemplación del mundo pero nunca se atrevió a ser iguana porque sentía que estirarse al sol podía ser pecado. Se bañaba rápido sin verse, comía rápido como un tracista, si partía en dos un totopo podía oírse en toda la casa.

Era franciscano, a diferencia de Villaseñor. Las casas de Amatlán y Punta Ixtapa de Diego son sensuales. A él le gusta introducir una casa dentro de una jungla y que nadie sepa que está allí hasta descubrirla de pronto como un tesoro o una víbora porque cualquier humano, hasta el más puro, puede destilar veneno si no lo sabes tratar. Aunque las casas de Diego Villaseñor no agreden, siempre tienen su alquito de ponzoña. La Casa Quinto Sol es pura armonía con su palapa indígena y sus sillas de palo, sus órganos y sus palmeras, que esperan con santa modestia a que las ocupen. Diego le da su lugar a la madera, le canta a la serenidad de la palma que tejen los artesanos y recoge la sabiduría de la tierra pero ante todo privilegia a las piedras, las chiquitas y las grandotas. Hace lo mismo en Bahía de Banderas, en Manzanillo, en Zihuatanejo, en Zicatela, en Valle de Bravo y en su casa de Amatlán.

Luis Barragán es el papá de los pollitos.

A Mariana Yampolsky, la fotógrafa autora de *La casa que canta*, y al autor de *Architecture Without Architects*, Bernard Rudofsky, les gustaría lo que hace Diego Villaseñor.

Si Diego no fuera arquitecto sería un pintor de formas que fluyen y rasgos armoniosos, de texturas cálidas y tonos que tienen que ver con el sol.



Diego Villaseñor

En su casa de Los Cabos avienta un ala al cielo o a lo mejor me equivoco y es una gigantesca hoja de magüey. Dos palmeras parecen levantar la casa como dos guardias reales, la terraza se extiende hasta la superficie del mar y sus poderes de curación, su afán de eternidad están a la vista.

En su casa de Rocas Rojas, en Zicatela, la luz también se vuelve sinuosa y ondula así como se cuadrícula en los enormes zaguanes hoteleros de Ricardo Legorreta, amigo y seguidor de Luis Barragán. La casa de Zicatela cubre a sus moradores con una manta amorosa como diciéndoles: “Anda, ya pasó, ya duérmete”. Consolar, repito, también debería ser parte de la tarea de la arquitectura.

Diego Villaseñor logra lo que Luis Barragán y Mathias Goeritz lograron: levantar, sobre las cenizas del volcán Xitle (que hace siglos cubrió de lava el sur de la Ciudad de México) los llamados Jardines del Pedregal, un desafío para cualquier creador. Ambos, Barragán y Goeritz, sacaron un paraíso del infierno de piedras negras que acuchillaban la tierra y de esos cuchillos de obsidiana brotaron iris morados que son las flores que más enamoraron al poeta Carlos Pellicer.

Más que nadie, Villaseñor comprende que las plantas son la mayor riqueza de nuestro planeta. Son parte del aire que respiramos, del agua que bebemos. Sin agua morimos. Descuidarlas es descuidarnos a nosotros mismos. Por eso en vez de talar el árbol, Diego “le hace casita”. Aristóteles decía que las plantas son seres vivos; tienen alma y buscan su camino al sol. Intencionadas se mueven para asirse al muro o a la corteza del árbol. Siempre suben. Para llegar a rosa sacan espinas y secretan miel o una sustancia pegajosa que atrapa a múltiples insectos. Carnívoras, las plantas se tragaron a Diego Villaseñor y nos lo devolvieron en forma de cactus que levanta sus brazos al cielo. Ese cactus lleva el nombre de “candelabro”.

Las plantas respiran y se comunican y se aficianan a quien las protege. La presencia del buen jardinero las fecunda y algunas hasta tiemblan. El Principito de Saint-Exupéry cuida que no se marchite la única rosa de su planeta. Si la ignora, sus pétalos se marchitan y se yerguen al sentirse observados. Así la naturaleza de Zicatela sana las heridas y devuelve la salud porque hay una energía cósmica y una fuerza vital en las casas de Diego Villaseñor.

Las casas de Villaseñor son magnéticas. Diego reacciona al estado anímico de un árbol, a su color y a su energía. Un árbol enfermo lo afecta como nos afectan nuestros estados de ánimo, nuestros temores, nuestra inseguridad. A lo mejor si fuéramos árboles y tuviéramos a Diego de jardinero, seríamos más felices. En sus manos, las plantas nunca se marchitan y las casas no se

desmoronan ni envejecen pasadas de moda. Por eso los hermosos cuatro volúmenes dedicados a sus obras, impresos y encuadrados por Graphic Design, en Artes Gráficas de Palermo y España, son un tesoro al igual que la naturaleza que él se ha propuesto proteger.

El gran legado de Luis Barragán unificó a sus discípulos y les dio a sus creaciones ciertas características: altos espacios a los que se llega por una puerta diminuta, corredores de techos bajos que desembocan en una estancia de altas y generosas dimensiones, trazos severos y monásticos que le sirven al hombre para concentrarse y no para la dispersión que propician los absurdos chalets para la nieve con todo y buhardillas que en México resultan tan absurdos como los edificios que ahora se tambalean en Santa Fe, aunque menos dañinos. Un arquitecto es en cierta forma un médico y un confidente. A la viuda multimillonaria debe quitarle su cursilería, al banquero de recién ingreso guiarlo por el camino de la morigeración, al junior asegurarle que la tele se ve igual de bien en una pantalla normal que en un desmesurado cinemascopio y que es mejor salir a correr todas las mañanas al parque más cercano que construirse un gimnasio a domicilio. ¿Cuál es el entorno del alma de cada uno? Diego Villaseñor le explica al empresario que una mesa de madera es más bella que un bar casero con refulgentes botellas y que una palapa con sus vigas resulta más noble que una araña de cristal cortado.

Por último, quisiera desafiar a Diego Villaseñor y preguntarle si estaría dispuesto a hacer milpa, es decir, a levantarle en Oaxaca una casa al maíz mexicano y a combatir al transgénico, genéticamente alterado.

Los mexicanos recurrimos al maíz para todo, no sólo para el nixtamal y las tortillas, el pozole, el pinole, las palomitas, los tamales, el pastel de elote, el cucurucho de esquites. Abonamos la tierra con granos rojos, negros, blancos, amarillos y hasta morados. (Nada mejor que un humeante elote al que le clavan un palito, hervido a flor de banqueta en un perol). El maíz transgénico, lo sabemos todos, daña la salud de los niños, la de los campesinos, a las comunidades mayas y a las oaxaqueñas, a los pueblos indígenas y a todos los desarrollos rurales de nuestro país. Monsanto es una transnacional que afecta a la biodiversidad y su daño es crónico al igual que el del cigarro.

Proteger al maíz es hacer lo que Diego hace en sus casas en las que enseña a vivir. Hasta el día de hoy, sus elementos arquitectónicos han sido el agua, la luz, la tierra, pero también el maíz que defiende Francisco Toledo. ¿Por qué aceptaría Diego, el arquitecto de los ricos? Me atrevo a pensar que a lo mejor lo haría por el recuerdo de su nana, esa mujer indígena de terrón de tepetate que no sólo lo tomó de la mano sino le fue nombrando una a una las cosas de la tierra.